

Al cumplirse diez años de *Descargo de conciencia*

I. Memoria del acto

Reproduzco a continuación el texto manuscrito de mi intervención en el acto de presentación del libro *Descargo de conciencia*, del profesor Pedro Laín Entralgo, que tuvo lugar el día 19 de mayo de 1976 en el Hotel Velázquez. Por razones fáciles de intuir lo he mantenido inédito, pero al cumplirse ahora diez años de aquel acontecimiento —que realmente lo fue— creo que su publicación puede interesar. En aquella fecha el autor rogó previa y encarecidamente a cuantos allí le acompañaban que le hiciesen todas las preguntas que se les ocurrieran, sin limitación de ningún género. Quería que todo quedara claro. El no las conoció hasta que le fueron hechas. Y permítaseme recordar, para los olvidadizos y para quienes ignoran lo allí sucedido, que a todas las preguntas que le hicimos, los de la mesa y los del público, respondió con sin igual soltura, sin el más mínimo titubeo y con una honradez intachable a ojos vistas. Esto fue unánimemente reconocido por la prensa diaria a pesar de que algunas reseñas fueron inoportunas y otras aparente o intencionadamente capciosas.

El hecho de que Laín Entralgo hubiera llegado a ser una de las más brillantes personalidades de la intelectualidad española en los treinta y siete años que siguieron a la guerra civil, y de que sus actividades político-sociales fuesen criticadas por el franquismo, daba a aquel conclave un enorme interés público; hubo hasta quienes pensaron que allí podría haber jaleo, provocado por los extremistas de uno y otro bando. Duró la sesión más de cuatro horas.

Si las respuestas de Laín hubieran sido publicadas entonces hoy se podrían mostrar como complementos de *Descargo de conciencia* y como insuperables gestos de honestidad intelectual. Piezas magistrales de argumentación convincente, más elocuentes que el mismo libro por la naturalidad con que se expresaron.

Creo conveniente señalar ahora que pocos meses después de aparecer éste, publiqué en la revista *Insula* un artículo en el que vertí mis opiniones sobre Laín y su libro.

He aquí lo que para aquella ocasión escribí y sólo parcialmente pude leer, pues siendo ocho los presentadores hube de reducir el tiempo de mi participación. Hoy lo publico en toda su extensión, con las preguntas que a Laín hice, aunque consciente de que la mayoría de ellas pueden juzgarse hoy innecesarias e ingenuas. Lógicamente no figuran las respuestas verbales del interesado, cuyo talante acabo de comentar.



II. Texto completo de mi intervención y de mis preguntas (1976)

En esta mesa coloquial soy el único, aparte de quien condiciona la reunión, que pertenece a la profesión médica. Esto quiere decir que los que la han convocado, de acuerdo con el autor del libro, tienen plena conciencia de que Laín es, además de médico, otras muchas cosas. Lo que no significa que los médicos estemos aquí espiritualmente en minoría (aunque matemáticamente lo estemos: siete frente a uno), sino que los aquí convocados pretendemos ocuparnos de diferentes parcelas, casi alícuotas, de la poliédrica personalidad lainesca.

A lo largo de mi vida profesional he coordinado y dirigido muchas mesas redondas y simposios; pero ésta es la primera vez que lo hago como nunca esperé hacerlo. No para discutir un tema médico, sino para presentar un libro, esperado desde que se anunció, y para poner en tela de juicio algo tan delicado y complejo como es la trabazón que existe entre el modo de ser personal, la conducta pública, la entidad médico-profesoral y la reciedumbre social e intelectual de un hombre que en ese libro se evidencia. Amigo querido y admirado y respetado, mi situación podría aparentar comprometida, pero la enfrento con propósito de claridad y de justicia.

Vaya por delante mi criterio: me parece descabellado el propósito que a esta convocatoria fue asignado, impuesto, al parecer, por el autor del libro, ansioso de descargar su conciencia. Esto da lugar a que los sentados en esta mesa podamos parecer miembros de un tribunal y los que abarrotan el salón un jurado público no exento de pasión. No expongo otras razones para esta creencia mía, pues acepto, por contrarrazones obvias, la misión que se me encomienda y me apresto a cumplirla desde mi mirador de médico y amigo. Precisamente por serlo tengo la obligación de apostillar con anticipación a las preguntas, aspectos de la vida de Laín, expuestos o no en este libro, que requieren puntualización para evitar confusiones. Con ellas, además, pretendo que el interesado vea más diáfano el objetivo del interrogatorio.

El libro que ya tenéis en vuestras manos está conscientemente preparado, lo dice el título, por un médico que ha llegado a adquirir un alto prestigio intelectual durante los años antes mencionados. Por cruda petición suya, voy a interrogar al autor sobre facetas que permitan juzgar su vida y su obra, en la cual la medicina es sólo una parte. A propósito de un médico del que se decía era, además, poeta, Unamuno fue rotundo al corregir diciendo que se es médico además de poeta, porque poeta se es y para ser médico hay que realizar un aprendizaje. Pues bien, posponiendo la medicina, pienso que en Laín se antepone y predomina, como denominador común de sus cualidades (no me refiero a sus saberes), la de hombre que piensa; no la de médico, sino la de pensador. De hombre que ha desarrollado y desarrolla su pensamiento sobre todos los conocimientos que en su mente tiene almacenados: filosóficos, históricos, médicos, etc.; en medicina, valga el ejemplo, ha antepuesto el pensamiento al ejercicio de la profesión. Porque en el terreno médico —después volveré sobre el tema— no lo ha aplicado a la medicina práctica de cada día (síntomas, diagnósticos de enfermedades, terapéuticas aplicadas), sino a la sustancialidad conceptual de la medicina. Y con sorprendente precocidad en su vida.

Laín se encontró médico cuando ya tenía una amplia cultura filosófica —de la que siempre o casi siempre carecemos los médicos o la tenemos como ornato y muy tardíamente adquirida—. Gracias a lo cual ha podido alcanzar estos logros: A. Crear un sistema de pensamiento médico, es decir, una filosofía médica, con neta creatividad propia y una historiografía médica rotundamente personal. B. Crear y desarrollar una nueva manera de ver la medicina: la medicina antropológica, que a no tardar habrá de ser recogida en un libro de conjunto. (Aunque ni él mismo lo vislumbrara, en el primer trabajo que publicó en su vida, titulado «El sentido humano de la ciencia natural», en una revista, *Norma*, de muy escasa circulación, ya anunciaba esta meta.) C. Crear una escuela de Historia de la Medicina y de filosofía médica con colaboradores que ya surcan sus propios caminos con evidente prestigio.

Es, pues, una trayectoria de pensamiento y acción. Preguntas al respecto:

1) Mirando hacia atrás con ya secundaria curiosidad, ¿cree Laín que, para la iniciación y el ulterior recorrido de ese sendero constructivo, pudieron influir en algún sentido las extrañas circunstancias políticas y sociales en que vivió inmerso desde su juventud hasta su actual madurez?

2) ¿Contribuyó a esa trayectoria el hecho de haber podido desempeñar puestos significativos de representación? ¿Le hizo esto reaccionar de algún modo contra el medio ambiente?

3) Aunque en el libro da precisiones sobre lo que en torno suyo ocurrió, ¿podría decirnos, en pocas palabras, si su estancia en Viena inmediatamente anterior a la guerra civil, en el formativo marco witgensteiniano, colaboró en estructurar de modo decisivo ese pensamiento?

En mi cualificación de la personalidad humana de Laín destaca ostensiblemente su posición ética. Su honradez a carta cabal, capaz de ser el mejor, más desprendido y generoso amigo, cualquiera que sea la ideología política del otro siempre que ésta sea mantenida con limpieza moral. Y como contrapartida, incapaz de ser enemigo de nadie, ni siquiera de los que por sí y ante él, se declaran serlo. Es evidente que en el grupo de amistad en que Laín convivió durante la guerra civil y después de ella (Dionisio Rídruejo, Antonio Tovar, Luis Rosales, L.F. Vivanco, Gonzalo Torrente, Rodrigo Uría, etcétera), hubo algunos que tuvieron más actividad política que otros; pero justamente fueron esos los que muy pronto rompieron con el franquismo. Pienso que esta coincidencia en la conducta tiene más raíces éticas que políticas, ya que Laín confiesa, y hay que admitirlo, que nunca fue político ni piensa serlo. Preguntas:

4) ¿Es o ha sido la vertiente ética la que condicionó esas actitudes?

5) En tal caso, ¿podríamos saber cuándo empezaron, los otros y él, a darse cuenta del hecho?

6) ¿Hasta qué punto fue la política clave de su posición ética?

Para terminar mi turno en esta mesa, entro ya en terreno concretamente médico o médico-social. Sobrevino la guerra civil recién terminada su carrera de medicina, sin haber tenido tiempo para centrarse en lo que debe ser el ejercicio apolítico de la profesión. Y durante la guerra, que yo sepa, en ningún momento ni lugar actuó Laín como médico, a pesar de que en las guerras los gobiernos echan mano de todos los titulados

y hasta de los estudiantes. Esto demostraría con toda claridad que en Laín destacaban ya más otros aspectos de su personalidad que los de curador. Yo no tengo información sobre cómo discurrió la medicina en el campo franquista durante la contienda, pero después de la victoria de Franco, el campo profesional de la medicina fue aquél en que con más violencia, rencor y maldad creció la inamistad y la falta de compañerismo. Se persiguió a los médicos que habían ejercido con éxito sus funciones en la zona republicana, de tal modo que los méritos sanitarios, que siempre deberían haber primado como atenuantes, constituían agravantes para la sentencia. De tanta saña persecutoria de unos médicos hacia otros no creo que existan antecedentes en la historia de la medicina. Esto dio a la medicina española de los años cuarenta y cincuenta tintes de verdadera revolución en la ética. Preguntas al canto:

7) ¿Actuó Laín como médico militarizado durante la guerra civil?

8) En su ulterior actitud de abandono del ejercicio profesional, nada menos que después de haber ampliado estudios en Viena, y en su decisión de opositar a la cátedra de Historia de la Medicina, ¿influyó acaso el espectáculo repugnante que ofrecía la profesión y que denigraba a sus dirigentes? ¿Pudo todo eso contribuir a que se dedicara a filosofar sobre la medicina, cuyo aspecto social no le gustaba, y no a ejercerla?

9) En el estudio que Laín ha hecho de la relación médico-enfermo, toca casi sólo tangencialmente la relación médico-médico. ¿Da esto a entender algún grado de actitud crítica con pretensiones reformadoras de lo que la realidad le mostraba?

10) Da la coincidencia de que en ese grupo de amigos que fue su *entourage* de bastantes años, no figuraba otro médico que Laín. ¿Encierra eso alguna significación o es simplemente asunto de afinidades intelectuales?

11) ¿Acaso el mundo irracional de la envenenada politización de la medicina de postguerra —que quizás se hubiera dado por igual si hubiera vencido el bando leal a la República— pudo motivar la conducta de Laín, que muy pronto y desde cargos oficiales, se lanzó con su esposa, a ayudar a médicos y profesores perseguidos?

III. Consideraciones en 1986

Con las respuestas que Laín dio en 1976, sació el interés público de entonces, no exento, como antes dije, de cierta malignidad por parte de algunos. Había curiosidad por el autor del libro, en primer lugar, y por el libro, en segundo. Con sus contestaciones demostró que su intención al preparar el libro no admitía suspicacias, pues fue mucho más allá de lo que se le preguntó. Si el libro resultó ser un tesoro de confesiones, sus respuestas orales permitieron confirmar la densidad de su hombría de bien y la alta talla de su personalidad magistral.

Accidentada la vida de Laín tanto como la que más —muertes, asesinatos, problemas de salud y angustias familiares— no hubo, por ello, renunciaciones. Laín logró sobreponerse a todo hasta el punto de que en su obra, contemplada desde la ignorancia de tales sufrimientos, no se advierte otra interrupción que la motivada por un accidente traumático. No hay soluciones de continuidad y no se advierte un solo período en que distanciara las publicaciones o las actividades docentes. En años en que las amarguras le afectaron más reiteradamente, escribió y publicó obras que pasan a la historia

(de la medicina, de la ciencia, de la historia, de la cultura en general) e importantísimos artículos en revistas o diarios españoles y extranjeros. Parecería como si este hombre estuviera inmunizado para los conflictos vitales, si no supiéramos que, por el contrario, es intelectual y espiritualmente hipersensible. Pero ha sabido poner la hipersensibilidad en su sitio, evitando los desmadres y las estridencias. Sin dejar de sentirlo, ha logrado que el dolor no afectara a su capacidad intelectual. Carente de apasionamientos inútiles, Laín es el perfecto espectador que piensa en lo que ve. En esa palabra, espectador, empezó Ortega su obra; hoy diríamos que el vocablo ha sido creado para Laín, espectador pensante. En nuestro hispano mundo, «jactancioso del monolitismo» (es su decir), se redondea en él una personalidad espectadora de excepción; y espectador sin parangón de las cosas de España. Sus tres últimos libros (*Teatro del mundo*, *En este país* y *Ciencia, técnica y medicina*) y sus frecuentes artículos en *El País*, son testimonios irrefutables de cuanto he venido diciendo.

Cuando un hombre superdotado toma el periplo de su vida totalmente en serio, en tanto que la mayoría de los compatriotas contemporáneos la desperdician en frivolidad intelectual y social o en dar rienda suelta a la envidia, hay que aceptar la superioridad de su rango.

¿Por qué Laín, en 1976, se sacrificó en escribir aquel libro, que si a los lectores nos deleitó al tiempo que nos sobrecogió, era innecesario? ¿Por qué Laín, «virtuoso de la palinodia», como él gustó erróneamente de calificarse, tomó la determinación de volcar su vida en el hosco torrente español en aquel gesto de carismática catarsis? Cíteseme un solo español contemporáneo que haya tenido un gesto similar de desnudar su conciencia, y no para cambiar de chaqueta sino para decir que lleva limpia la suya. Se dice que La Revillière, cuando Talleyrand le comentó su proyecto de religión de los teofilántropos, le contestó que sólo tenía una observación que hacerle: «Jesús para fundar la religión cristiana tuvo que ser crucificado y resucitar al tercer día; haga usted otro tanto». Laín no ha pretendido fundar religión alguna, pero, ¿qué otros serían capaces de jugarse tanto en plena fase triunfal de su vida? ¿Por qué, en algún lugar de su descargador libro llegó a hablar de sus *mea culpa* si no era reo de culpabilidad pública alguna?

En aquel libro, que tanto éxito editorial alcanzó, hay páginas de contricción auténticamente desgarradoras que todavía emocionan. Es ahora el modestísimo relector del mismo quien un decenario después de haber colaborado en su presentación, se sigue haciendo esas preguntas. Pero sabe, de sobra, cómo se las debe responder.

Francisco Vega Díaz